

RAINER MARIA RILKE

SOLEDAD Y POESÍA

Por

RICARDO CASAL

En "Cartas a un Joven Poeta", donde sus enseñanzas y experiencias hacen recordar las sentencias del autor de "Motivos de Proteo" cuando se dirige a la juventud, ha dicho Rainer María Rilke "que las obras de Arte son de una infinita soledad y por nada tan poco abordables como la crítica".

La soledad, que fue un símbolo en la vida espiritual de Rilke, su patria, su destino, su pasión, comienza a perfilarse vagamente en los primeros años de su infancia transeurridos en Praga, por aquel entonces capital de la provincia austríaca de Bohemia.

Las calles silenciosas, unas ondulantes, otras rectilíneas, abovedadas de plátanos y tilos y cuya pintura y estilo recuerdan a las de Brujas por su aire medieval; las viejas casas solariegas que yacen recogidas y ensimismadas como si en sus entrañas perviviera una leyenda singular, fueron habitadas por magistrados, militares y nobles de prosapia antigua.

En cielo siempre azul de aquellas feraces comarcas que la rodean por doquier y que se hallan salpicadas aquí y allá por riachos, casas de labradío, granjas, posadas, a las cuales aflúan caravanas de inmigrantes de las heladas estepas asiáticas; "los parques señoriales", "el bosque de hayas", las cosas im

pregnadas de un deseo inmaterial, o la vida íntima que posee la piedra virgen, el espectáculo de las colinas, el sol que acaricia los sembrados, la lluvia dulce desentándose sobre el valle escondido, lo mismo que las visiones o los embriones de ideas que sugerían las campiñas bañadas por el río Moldava, en los largos paseos que realizó llevando bajo el brazo una antología de los poetas germanos que leía con pasión, es natural que todo esto debió impresionar el espíritu juvenil de Rilke.

Las primeras manifestaciones de su riqueza anímica, ya alborean y se traducen con fuerza y color en los primeros poemas de su mocedad; son baluceos, es cierto, pero hay en el fondo de ellos un signo, un presentimiento, un devenir. Se trasuntan en sus páginas cándidas una gran inquietud, y la ingenuidad pone en sus ojos el mayor asombro y aplica el oído atento frente a lo inconmensurable, a lo grandioso, que parece que va a devorarlo. Cimbra un amor desconocido de raíz ancestral con efusiones místicas; es un amor análogo al de San Francisco de Asís, pero San Francisco busca a Dios en su perfección continua y ascendente, y Rilke busca los más recónditos pétalos de la mágica flor de la poesía, los motivos más puros, como algo esencial y absoluto, igual que un dios, y todo lo realiza inspirado en un ideal de su ser.

En sus primeros esbozos poemáticos o en sus tendencias a emprender el vuelo a altas cimas, se delinearán escorzos enigmáticos en cuyo fondo se entrevén los paisajes familiares, las fiestas navideñas, las primerizas impresiones, el hogar silencioso; se adivina como algo implícito el perfume a limpieza, a flores, a frutos en sazón, a despensa; más tarde han de aflorar los episodios hogareños, las tradiciones, el sabor de la tierra natal en reminiscencias llenas de ternura, en cuya raíz primera se cuajó su grande melancolía y el sentimiento inexplicable de su soledad.

En ese ambiente que nos ha relatado y en medio de esos elementos exteriores hartamente complejos fue Rilke modelando su

soledad en la contemplación, vuelto a su yo con una proyección mística. Ensimismado ante las cosas eternas, sobrevénia, al cabo, un deseo perenne de sollozar frente a tanto misterio.

Novalis, Goethe, Beethoven y Hoelderlin, vivieron reclusos en la soledad, incluso Kleist, cuya sombría tristeza lo impulsó al suicidio. El sentimiento de soledad de Rilke se exteriorizaba con frecuencia en el deseo supremo de "estar solo", solo consigo mismo, en su unidad perfecta, para pertenecerse a sí mismo y vivir su plenitud esencial y excluir los elementos nocivos para el ejercicio de su vida espiritual.

Nada más significativo y que ilustraría en su imagen más pura el sentido de la soledad y de su poesía, que la de aquel héroe de Schiller que desciende a las profundidades del mar a rescatar una copa de plata; en medio de tanto silencio abismal, a sus ojos asombrados se le ofrecen maravillas innarrables, contornos de colores, cavernas lóbregas y una espectral fauna submarina. En sus estados de gracia, algo similar debía de ocurrirle a Rilke; una claridad muy pura bañaría las cimas más altas de su vida interior. Y cuando no era dueño de sí mismo, cuando había desperdigado una faceta peculiar suya, cuando parecía disolverse su ser en un ambiente extraño, ambiente que no repetiría el eco de sus resonancias, ocurría en él, al decir del doctor Hans Carossa, un advenimiento del caos, porque Rilke, en verdad, estaba al borde del caos.

Pero no es caos que sepulta todo en la noche con sangre y fuego, sembrando el desconcierto y la desesperación: es el caos que limpia todo, depura todo, transforma todo; no deja ningún vestigio y precede a la creación y proceso de mundos inéditos con flora, fauna, minerales, esencialmente particulares. Veníanle crepúsculos aterradores, noches de angustia —análogas a las de Kafka—; veníanle esas imágenes de "cuartos vacíos", de "vírgenes muertas" prematuramente. Las imágenes se bifurcaban aglutinándose en "esos hechos hasta entonces ignorados", los cuales se acercaban con el ímpetu avasalla-

dor de una pesadilla alucinante de Poe; una alteración de las cosas, un desdoblamiento de la personalidad, como le ocurren a ciertos personajes de Jocely Broocke.

Rilke vivía obsesionado por las alternativas que pudiera brindarle el devenir, siendo visitado de continuo por visiones substanciales con la esencia de su temperamento introspectivo, que volcaba íntegra y expresivamente en su poesía. Como es lógico, su sensibilidad se agudizaba cuando sobrevenían aquéllos "terrores nocturnos"; adentrábase en ellos, sin embargo, dejándose llevar por su vértigo, que lo empujaba más y más hacia un infinito. Se aferraba a estas impresiones obstinadamente, porque la piedra que talla el silencio en su decurso de siglos y las cosas que no saben expresarse con palabras, ni esbozan un gesto, tienen un alma, y es misión sagrada del artista descubrirla.

Esas representaciones que abrían cauce en su espíritu tenían la significación pura y absoluta de diversos cosmos entrevistados tantas veces en sus accesos de melancolía y cuyo arquetipo abstracto era el de su emancipación espiritual.

Algunos exegetas esclarecidos han informado que Rilke era un niño de sensibilidad enfermiza. Harto delicado, con pudores y timideces de niña, en su hogar de Praga no sólo encontró el clima que prepara y depura los sentimientos, forja y cincela el espíritu abismándolo más y más en el "ego", sino los elementos abstractos que se personifican en las cosas exteriores, las cuales se comunican con un lenguaje propio.

La contemplación, esa unidad emocional entre lo subjetivo y lo objetivo, alternada con esa "taciturnidad de sus mayores", venía como una herencia ancestral en el prurito de meditar, de hallar una explicación ante tantas contradicciones, al mismo tiempo que las horas transcurridas dejaban en su espíritu una estela de zozobra, de angustia. Aquellos "cuartos íntimos" y tranquilos, lo mismo que esos corredores que se perdían a lo lejos, formaban y fortalecían el reinado de su soledad. Veía discurrir por ella figuras simbólicas que se asocia-

ban a sus ideas formando gruesos eslabones que lo ataban más y más; lo asaltaban emociones, espejismos, estados de conciencia, un deseo de retorno, evocaciones remotísimas.

En pausas desmesuradas habíase moldeado un misterio con dejos de religiosidad. Misterio como el que subyugaba a los hijos de Eleusis, o el que ofrendaba el druida; los ojos se clavaban a la espera de un presagio. Rilke no pretendía vaticinios sobre su destino; ya lo había previsto todo con solemnidad de un héroe: quería “la muerte personal”, auténtica, no la que auguran gravemente “los médicos”, como si el oficio de tal rito y su conclusión fueron al fin a revelarle la esencia de la vida, el destino del alma, el itinerario de Orfeo al infierno. A sus elementos de juicio, a sus elucubraciones metafísicas, agregaba sus intuiciones profundas, pero lo más importante —y era lo que él siempre manifestaba con seguridad absoluta— eran las experiencias adquiridas, dulces o duras las cuales se transforman por un proceso natural en nervio, sangre e inspiración.

Por afinidad anímica Jacobsen refirmó muchas convicciones íntimas, que en alguna ocasión le parecieron absurdas, que le asaltaron en su adolescencia y, más tarde, Kierkegaard le suministra una filosofía de la vida y no dejan de impresionarle los aforismos proféticos del autor de “Así hablaba Zaratustra”.

Rilke amaba su soledad aunque le causara hondo desasosiego y zozobra; como a la bella rosa que habría en su inocente crueldad herirle de muerte y hallar en tal circunstancia la paradoja que ensombrece, la soledad, empero, le ponía alas, lo transfiguraba con nuevos matices ideales elevándolo a planos superiores. En ciertos momentos la desesperación podría haberlo hecho claudicar en sus convicciones, engendrando en su espíritu dudas frente a la vida, frente a los hombres y al valor de la cultura, en la civilización presente o ante la idea trágica de la nada absoluta. Pero palpataba incesante en él una educación sólida para la existencia como para la muer-

te, y la conducta que regló su vida fue la de vivir consigo mismo y morir de acuerdo con su destino intrínseco. Cristo, Sócrates, Savonarola y Juana de Arco trajeron un mensaje para la humanidad, pero la humanidad crucificó al primero, hizo beber la cicuta al segundo y los dos últimos perecieron en la hoguera.

En sus cantos elegíacos se transparente con embriaguez su rogativa a Dios, a quien busca en las tinieblas, ese Dios cuya voz oyeron Pascal y Paul Claudel; es la embriaguez de espíritus atormentados como Poe y Baudelaire que tratan de auscultar el infinito, buscando una rendija, un asidero del más allá, una explicación de la existencia; un deseo de hallar la morada del Sumo Hacedor y poseer, en resumen, igual que el eremita del relato de Oscar Wilde, "el conocimiento perfecto de Dios". Se añade a las dolorosas experiencias de la Escuela de cadetes de Saint Polten, la adustez paterna, que trató de inculcarle una educación castrense, y aquellas canciones dedicadas a la primera novia le traen la reminiscencia de los viejos aires de Bohemia "que le insinuaban en el corazón tanta tristeza". Y cuando observa que "a un niño que escardando la tierra canta simplemente, su canción le persigue en la noche, hasta en los sueños", como la imagen de un devenir lleno de esperanza. Todas las cosas resplandecían en medio del Angelus de la tarde porque les comunicaba toda la riqueza de su existencia interior; en esas horas azules deseaba el torbellino que enajena; no quería caer en su vorágine. Deseaba estar como un niño enfermo en su alcoba, solitario, esbozando una sonrisa muy suya, muy subjetiva, que expresaba silencio solemne, mirando el lomo de los libros agrupados en los estantes, los cuales señalan, como entre brumas y cielos grises, el sendero que conduce al país de las hadas, es decir, al país de los que no han perdido la inocencia. Triste erraba a través de los días, sintiéndose, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, más fuerte, más grande para penetrar en la vida y madurarse en el dolor, el cual como ha dicho el

filósofo, “no es un mal”. ¿Era él, o pretendía serlo, un soplo en la borrasca, una ola de mar atada irremediamente a lo finito? Un blanco abedul perdido en uno de esos senderos que cada vez más lejos lo llevan? Luego de esto se encierra en una prudencia filosófica. Intenta analizar la vida, si tal cosa es posible; ella puede depararle en su existencia un milagro, vale decir, la esencia misma, si la esencia tiene verbo. Y acepta con aire resignado el transcurso de los días como el pequeño que mientras camina recibe del viento su lluvia de flores. En 1902, luego de haber visitado algunas capitales de Europa, se dirige a Francia, donde conoce a Rodin, a quien le ha de dedicar una monografía y en cuyo taller conoce sus obras más importantes, entre ellas “Los Burgueses de Calais”, “El Pensador”, “Balzac”... El escultor escucha impasible las protestas de admiración del poeta; no lo comprende, lo mismo que las estrofas que le recita con arrebató no alcanza a ceñirlas con su sensibilidad. Si Rodin no captó la admirable textura intelectual del poeta metafísico más extraordinario, en cambio, Rainer María Rilke, qué magníficos trozos ha de concebir en el pormenorizado y rico estudio que hizo en su homenaje al autor de “El Pensador”...

Por lo demás véase perfilando en Rilke el sentido de la observación y del análisis, que se lee en sus “Cuadernos de Malte”. Ha visto por los boulevares del París de Henri Murger y Charles Baudelaire, cuadros extraños, espectáculos de ferviente vida, de abandono, de estrechez, de soledad y vestigios lúgubres de muerte. La inmensa ciudad guarda en sus entrañas muchas existencias enigmáticas y en su fango dorado han perecido pecadores y vírgenes. Ha visto a “Flor de María”¹ y a Mimí Pinzón en cualquier revuelta del camino o en los puentes del “viejo París”; a niños pálidos y harapientos, Gatroches sin infancia, mujeres sin color de vida, “grisetás”, cual heroínas de Zola o de Víctor Margueritte; ha visto no

¹ Proagonista de ‘Los Misterios de París’, de Eugenio Sué.

pocas doncellas señaladas con el índice de una muerte prematura. Aquella o'a humana que avanza por las calles apretujándose, que ríe, grita, o guarda silencio, o un secreto, muestra su semblante risueño o sombrío, tiene problemas; problemas materiales, morales, preocupaciones religiosas, metafísicas, rebeldías contra el orden social establecido. Tales circunstancias, que se van desatando, no son meros accidentes del azar, sino consecuencias de una causalidad esencialísima.

Entonces vínole a Rilke la nostalgia de las horas a las cuales se pertenecía, que buscaba y aguardaba un secreto sin pretender jamás descubrir sus arcanos. Más honda se hizo su ditación adquiere formas hasta el presente desconocidas por su soledad; parecía haberse despeñado en otras cimas donde la in-dimensión y eslabonamiento. Ahora sí se perfilaba a grandes rasgos, gravitando sobre su naturaleza moral, en sentimiento de su infancia frustrada, los deseos jamás satisfechos, el ir eterno en su búsqueda propia. Por consiguiente desea rescatar su independencia, es decir, su soledad, que desperdigaba con una generosidad sin límites porque creía alimentar a otras almas hambrientas. Lo desea ardientemente y, parafraseando a Federico Schiller, quiere ser una piedra del camino para que la lluvia y el sol le vayan formando el semblante; quiere ser una semilla que fecunde en el vientre de la tierra, una borrasca que se desate en su mayor magnitud acompañada de fúlgidos relámpagos con los cuales alcanzar a visualizar el rostro enigmático del más allá. Su soledad se había dilatado y florecido con sueños místicos, legándonos con ella uno de los más preciados mensajes, similar al de Beethoven, Goethe, y otros tantos maestros.

Mensaje que abre las puertas a un nuevo amanecer de la vida, a un nuevo concepto del Arte, y quienes lo recojan e interpreten habrán contribuido a la difusión y deleite que proporciona el juego de las ideas estéticas.

Le sorprendió la muerte de una manera singular, en forma inesperada, que al entreveerla aseguró que era la "hora

señalada”. La causa fue el pinchazo de una rosa, similar a las que debieron florecer en el jardín de Ruth, símbolo de contradicción, de voluptuosidad inaccesible, de poesía pura y misteriosa. Y ¿quién sino una rosa solitaria y altiva podría haber herido de muerte con su impoluta belleza a un poeta tierno que se estremecía al soplo del aire matinal y vivía sumido en sueños clarividentes?

De esta manera se cumplió con su filosofía de la “muerte personal”, de una muerte grande y magnífica, igual a la de Empédocles, y conquistando, asimismo, el ideario de su soledad poética. Porque la poesía quizá sea el marco donde se vislumbra la existencia de una gran soledad, y puede ser la soledad una forma de la poesía en su más culminante expresión. El hombre, por la naturaleza y capacidad de sus ideas, vive sólo en relación con los demás seres debido a diferencias de temperamento y a los desencuentros que trama el destino, pero la soledad de las grandes almas en las regiones del Arte es natural y necesaria.

